

reconocer los deslices del hombre de principios y admitir que “un Gulf Stream de pillería rodea la ciudad con sus cálidas aguas”), se compone una obra implacable, feroz, irregular, con héroes a veces explícitos e incompletos, tributaria, en ocasiones, de una “provisoriedad” que aturde, pero capaz, al mismo tiempo, de dar en el blanco por medio de los recursos del seguro azar y de una experiencia de la vida que aterra.

Los trozos que se recogen en el presente libro permiten ver todo ello. En el relato *Los Trabajos y los Días*, un hombre joven se niega a activarse, pese a las urgencias de la madre, porque posee “la certeza de su propia inutilidad”. Cuando cede, encuentra la mala fe encarnada en el patrón, un hombre que “entraba en éxtasis frente a la mercadería por el dinero que representaba”. La estafa ronda en el plano económico, y se remata con la frase de la esposa del empresario: “yo era linda. ¿Qué has hecho de mi vida?” El héroe, en su obediencia, se entrapa, odia y busca justificarse: “creo que yo buscaba motivos para multiplicar en mi interior una finalidad oscura”.

Distinto es el acto acezante e ilusorio del *Discurso del astrólogo*, en una de cuyas partes se define la situación: “Yo no sé nada. El mundo es misterioso. Posiblemente yo no sea nada más que el sirviente, el criado que prepara una hermosa casa en la que ha de venir a morir el Elegido, el Santo”. La soledad y el odio sirven de pivote al hermoso y cruel relato llamado *Ester Primavera*. La mujer se liga al hombre “por el ultraje; desde hace setecientos días vive en mi remordimiento como un hierro espléndido y perpetuo”. La suegra del protagonista es examinada como “una monstruosa araña” que va tejiendo en torno de él su responsabilidad, “una fina tela de obligaciones” que él desea destruir con un acto de humillación caótica o delirante.

Arlt se prodigó con miras a vivir en el palacio del exceso, ampliando el mundo hasta el punto de límite con el horror absoluto. Acaso quiso no hacer literatura con la pura vida ilusoria. “No inútilmente se finge el fantasma. Llega un día en que se termina por serlo”, anotó en un cuento. Hay que leer bien a este visible fantasma llamado Roberto Arlt.

ALFONSO CALDERON

<https://doi.org/10.29393/At452-21MLAC10021>

MATABURRO LUNFA

De *María Rosa Vaccaro*

(Torres Agüero editor, Buenos Aires)

DICCIONARIO DE ARGOT ESPAÑOL, de Víctor León

(Alianza Editorial, Madrid)

Si existe un tabú lingüístico aún hoy, estos dos textos parecen negar tal posibilidad. “El argot —ha escrito Pilar Daniel— no es un lenguaje independiente, sino que vive siempre dentro de otra lengua, en forma parasitaria, sirviéndose de su fonética, su morfosintaxis y buena parte de su léxico”. Posee un indudable valor sociológico; su trasvase lingüístico y las piruetas de las distorsiones léxicas lo transforman constantemente, para evitar que se petrifique y dé indicios más allá de los intereses de encubri-

miento de quienes lo emplean en un nivel críptico y limitado, en voluntad de ocultamiento.

En el fondo, todo diccionario de argot es una obra abierta y sus límites, en el espacio y en el tiempo, son verdaderamente confusos. Muchos términos del lunfardo, por ejemplo, son deformaciones de voces dialectales de Italia, y en ocasiones un rezago de formas tomadas del calé (no es difícil hallar en novelas de Pérez Galdós, de las más tempranas aun, términos como *guita*, *bronca*, *tango*). En el *Mataburro lunfa* se vierte profusamente una jerga divulgada por el tango, que corresponde al período histórico que va aproximadamente desde 1890 a los días que corren.

El *turro* (tonto) va voluntariamente al *yugo* (trabajo). El *apiolado* (listo o sagaz) evita la *biaba* (paliza) que desea propinarle el *botón* o *tombo* (policía). Por las calles suburbanas, pasan los héroes del tango de Homero Manzi o de Cátulo Castillo, pero también circulan *maletas* (malvados), *ranas* (individuos astutos que eluden los enviones del bien), *chantas* (presuntuosos), *sotretas* (desleales y cobardes), *cajetillas* (elegantes) y algún *forfai* (persona sin dinero).

Todo *cusifai* (individuo) usó *funyi* (sombrero), *leones* (pantalones) y posiblemente gustó de la *jaula* (el bandoneón) de Aníbal Troilo. No hay *espiente* (huida) para el *amurado* (abandonado) a quien una mujer dejó atrás mediante un *grupo* (mentira) y todo *fané* (ajado), metido en el *convento* (conventillo), ve irse sus días en *escabiar* y *escabiar* (beber).

Las dos mil quinientas voces del *Diccionario de argot español*, de Víctor León, son formas expresivas más amplias en lo temporal. Corresponden a diversos ciclos históricos, desde aquellas que proceden de la antigua *germania* y merecen mención en las novelas picarescas o en *Rinconete y Cortadillo*, hasta un registro de términos políticos del mundo franquista, del espacio social de la droga y de las alusiones sexuales (en esa familia incalculable que ha recopilado Camilo José Cela en su *Diccionario Secreto*).

El hachís es *chocolate*, y la *estrella*, el LSD —o sea, aquel submarino amarillo de los Beatles—. *Lumumba* es un batido de chocolate con coñac. Un reaccionario es un *bunkeriano*; un *madaleno* es un individuo de la policía secreta. Los zapatos son *calco*. Una *pápira* es la carta. Al igual que en el lunfardo, *junar* es mirar o, más bien, "tener entre ojos o vigilado a alguien". Un majadero solemne (y los hay, los hay) es un *inflagaitas* que merece la exhibición, por parte de su víctima, de una navaja o *quitapenas*.

El lector ingenuo podrá disfrutar con esta eutrapelia léxica que glosamos al pasar, pero el estudioso del lenguaje y el académico hallarán en estos dos libros un material inestimable para seguir el registro de costumbres (¿malas? / ¿buenas?). Lo que todos sabrán, sin dudas, es que no siempre la voz del pueblo es la voz de Dios...

ALFONSO CALDERON